

D. PENTECOSTÉS. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 20,19-23.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo:

-Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió:

-Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo.

Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:

-Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

VENCER LOS MIEDOS

Hoy, **«solemnidad de Pentecostés»**, el Evangelio nos lleva al Cenáculo, donde los apóstoles se habían refugiado tras la muerte de Jesús. Allí el Resucitado se les presenta en aquella situación de miedo y angustia y les dice: **«Recibid el Espíritu Santo»**. Así, con el don del Espíritu, Jesús los libera del miedo, de ese miedo que les mantiene encerrados y los libera para que puedan salir y **«convertirse en testigos y anunciadores del Evangelio»**. El foco de este Evangelio se centra en esto que hace el Espíritu: **«libera del miedo»**.

Los discípulos habían cerrado las puertas, dice el Evangelio, **«por miedo»**. La muerte de Jesús les había desanimado, sus sueños se habían hecho añicos, sus esperanzas se habían desvanecido. Y **«se habían encerrado»**. No solo en aquella pequeña habitación, sino en su interior, también **«en su corazón»**.

Es importante esto: **«se habían encerrado»**. Y es que **«¿cuántas veces nos encerramos en nosotros mismos?»** ¿Cuántas veces, por alguna situación difícil, por algún problema personal o familiar, por el sufrimiento que padecemos o por el mal que respiramos a nuestro alrededor, corremos el riesgo de caer poco a poco en una pérdida de esperanza y nos falta el valor para seguir adelante? Muchas veces sucede esto. Entonces, como los apóstoles, nos encerramos en nosotros mismos, atrincherados en el laberinto de las preocupaciones.

Este **«encerrarnos en nosotros mismos»** sucede cuando, en las situaciones más difíciles, **«permitimos que el miedo tome el control»** y levante la voz dentro de nosotros. Cuando entra el miedo, nosotros nos cerramos. La causa, entonces, es el miedo: miedo a no ser capaces de enfrentar algo, a estar solos ante las batallas cotidianas, a arriesgarse y luego decepcionarse, a tomar decisiones equivocadas.

El miedo **«bloquea»**, el miedo **«paraliza»** y también **«aísla»**. Pensemos en el miedo hacia el otro, al extranjero, al diferente, al que piensa distinto. E incluso puede haber miedo a Dios: miedo a que me castigue, a que se enfade conmigo...

Si damos espacio a estos falsos miedos, **«se cierran las puertas»**, las puertas del corazón, las puertas de la sociedad, **«¡je incluso las puertas de la Iglesia!»** Donde hay miedo, hay cerrazón. Y eso no está bien.

El Evangelio, sin embargo, nos ofrece **«el remedio del Resucitado: el Espíritu Santo»**. Él nos libera de las prisiones del miedo. Al recibir el Espíritu Santo, eso que hoy celebramos, los apóstoles **«abandonaron el Cenáculo y salieron al mundo para perdonar los pecados y proclamar el Evangelio»**.



«Gracias a Él, se vencen los miedos y se abren las puertas». Porque esto es lo que hace el Espíritu: **«nos hace sentir la cercanía de Dios y así su amor echa fuera el temor, ilumina el camino, consuela, sostiene en la adversidad»**. Ante los temores y las cerrazones **«invocemos al Espíritu Santo para nosotros, para la Iglesia y para el mundo entero»**, para que **«un nuevo Pentecostés ahuyente los miedos que nos asaltan y reavive el fuego del amor de Dios»**.

Que María Santísima, la primera que fue colmada del Espíritu Santo, **«interceda por nosotros»**.

¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
24 de mayo de 2026